



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1693

*Del académico de número don
Edgardo Aníbal Cascante, acerca de*

BARTOLOMÉ APRILE, AVELLANEDA Y UNA FOTO HISTÓRICA CON GARDEL Y RUGGERITO

Señor Presidente:

El poeta Bartolomé Rodolfo Antonio Aprile (1894-1941) fue un hombre enamorado de Barracas, barrio porteño en donde tuvo domicilio. Pero cuando decía Barracas, invocaba explícitamente a las dos: “la del Sur y la del Norte indistintamente”. Así lo escribió en su *Arrabal salvaje* y así lo sostuvo en cuanta oportunidad tuvo de decirlo: “ambas son una sola Barracas”.

Aprile no se equivocaba, pues hasta 1910 conformaban una comunidad social muy integrada. Algo similar ocurría entre la Boca y la Isla Maciel, que durante el siglo XIX era llamada La Boca al Sud.

La Barracas al Sud mutó su nombre en 1904 por Avellaneda, pero por varios años más se le seguiría diciendo Barracas a toda la zona desde la calle Vieytes del lado norte hasta Pavón y Mitre del lado sur. Los avellanedenses –hasta la década del 10– eran identificados como “barraqueños” a secas. Era un mundillo de poetas, músicos, tahúres, pintores y políticos suburbanos. De él trascendieron Eduardo Arolas, Carlos Marcucci, el Alemán Bernstein, Agustín Bardi, Bartolomé Chapela (de “Los de la Raza”), José Franco, Juan Velich; y otros más localistas como Don Amaro Giura, fundador de la legendaria Agrupación Los Pampeanos (llamada luego Leales y Pampeanos). En enero de 1905, representando a Los Pampeanos, guitarró José Razzano en la costa de la Isla Maciel, tal como apareció mencionado por el diario *El Pueblo*, y luego volvería en 1914 en un dúo nacional: “José Rezzano y el joven Carlos Gardell”, para animar los entretiempos de las películas que se daban en el Teatro Roma. Todo esto está claramente documentado en dos periódicos regionales distintos.

Allí reinaban los hermanos Barceló: Emilio, Domingo y, finalmente, Alberto. Ellos convocaban a casi todos estos artistas, todavía casi marginales de la época. El gran vinculador de aquella cofradía era Don Amaro Giura. Y estaban entre ellos Bartolomé Aprile, muy amigo de Alberto Barceló, del bravo Ruggierito, de Razzano, de Gardel, y de Manuel Meaños (cuñado de Amaro Giura). En la década del 20 se incorporó el bandoneonista de Villa Domínico Miguel Bonano (quien mucho de esto se lo ha relatado a quien escribe) y además los futbolistas Antonio Ferro (dueño del legendario Café de Ferro), Pedro Ochoa y Raimundo Mumo Orsi (que además era violinista). También se arimaba a aquellos fogones el Dr. Manuel Fresco, médico del Hospital Fiorito, concejal por Barceló en Avellaneda y, posteriormente, gobernador de la provincia de Buenos Aires, también por Barceló. Todos frecuentaban el exclusivo Club Pueblo Unido, y el Círculo Tradicional Leales y Pampeanos.

En septiembre de 1933, cuando Gardel fue a cenar en una visita de cortesía a sus amigos de Leales y Pampeanos (él era socio de honor y la madrina era Azucena Maizani), nadie imaginó que, por pedido de la gente que lo aclamaba en la puerta, debió cruzar la calle Sarmiento y dirigirse al escenario del teatro Roma, donde regaló tres canciones a quienes pudieron ingresar gratuitamente. Fue esa la última vez que Gardel cantó sobre un escenario en una sala de la Argentina. Concluido aquel obsequio al vecindario, cruzó la calle nuevamente hacia Leales y Pampeanos para compartir una sencilla cena

consistente en un churrasco. Ahí, a los postres surgió la “histórica foto” de Carlos Gardel abrazado con Ruggerito y Bartolomé Aprile, quienes eran directivos de Leales y Pampeanos. Fue su gran despedida del escenario argentino, pero también de sus amigos del escolaso y de la bohemia suburbana; Aprile era uno de aquellos amigos. Está documentado en la histórica y casi inhallable Revista *La Carreta*.

Un mes más tarde un sicario asesinó a Juan Ruggero en el barrio La Crucecita, en el que ha sido el crimen político-mafioso más enigmático de la década. Su amigo Gardel ya estaba viajando y no volvería ya a la Argentina. Y su otro amigo, Bartolomé Aprile, lloró a Ruggerito más que ninguno, junto a Miguel Bonano. Toda la prensa se preocupó más por criticar al muerto, que por investigar quién y por qué lo había matado.

Aprile, fiel a la amistad que había tenido con aquel personaje “pesado” de los bajos fondos del arrabal, lo despidió en el cementerio de Avellaneda con un emotivo poema que vale la pena leer. Con el tiempo Ruggerito y Barceló fueron los personajes inspiradores de varias novelas y películas referidas a la denominada Década Infame o etapa del populismo oligárquico.

Luego Aprile siguió vinculado a los ambientes literarios a través de las visitas de intelectuales que frecuentaban la famosa imprenta de su primo Bartolomé Chiessino, de cuyos talleres salieron muchas primeras ediciones de la mejor literatura argentina. Pablo Neruda, Miguel Angel Asturias, Nicolás Guillen, Rafael Alberti, Quinquela Martín, Raúl Soldi, Américo Ghioldi, Nicolás Repeto, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Alfonso Castelao, Teresa de León, Juan Ramón Jiménez, Alfredo Palacios, B. Fernández Moreno, Arturo Capdevila, todos ellos han visitado la histórica imprenta y a todos los llevaba Chiessino en una “bañadera” a los asados que les obsequiaba en un camping de Quilmes.

Aprile no tuvo la suerte de conocerlos a todos debido a su temprana muerte, pero no desaprovechó las oportunidades de aquel vínculo familiar para participar de cuantas tertulias pudo. Doy fe de esto que escribo, por conversaciones personales que he tenido con Jorge Chiessino (su sobrino), quien todavía está en condiciones de testimoniarlo. Bartolomé Aprile todavía sigue esperando su merecido homenaje póstumo en Avellaneda y en Barracas.

Buenos Aires, 3 de diciembre de 2011

EDGARDO ANÍBAL CASCANTE
Académico de número
Titular del Sillón “Santiago Dallegri”